

Ni cíborgs ni robots. ¿Cuáles son los nuevos iconos de la literatura juvenil?

Un hampón del siglo XVII; un pulgarcito de patas peludas, como corresponde a una criatura de la especie fantástica de los hobbits; y una hortaliza psicópata componen el trío de ases de nuestra moderna literatura juvenil. Nada de autómatas, androides y demás juegos de existencias complejas o naturalezas híbridas producto del maridaje entre máquinas y seres humanos. En la era de la comunicación electrónica, los chips y los megabites no han borrado por completo muchos aspectos de la cultura ilustrada que, transmitidos por la educación o evocados por la simbología más cándida de los cuentos populares, aún perviven en la mente tipográfica de la nueva juventud digital.

Leer ya no es lo que era

La resonancia que en el imaginario juvenil han adquirido personajes de ficción como el capitán *Alariste*, *Frodo* y la *cebolla asesina* contribuye a matizar algunos de los estereotipos que otros grupos de edad pergeñamos en torno a quienes ya han cumplido los quince años y aún no han rebasado los treinta. Hemos supuesto con demasiada ligereza que las últimas generaciones, más acostumbradas a convivir con el ordenador que con el acné, habrían comenzado a experimentar en su mundo interno transposiciones demoledoras. Cambios todos que les conducirían sin remedio hacia una definitiva reconfiguración emocional de la mentalidad tipográfica desarrollada por la imprenta. Y con el paternalismo de los grupos etáneos superiores, en cuyo esquema mental permanece la referencia a los viejos artilugios mecánicos, no dejamos de preguntarnos a la vista del endemoniado panorama de impulsos eléctricos, si aún estaremos a tiempo de vacunar contra el virus de la tecnomanía a quienes modelaron sus primeras fantasías eróticas con la anabolizada heroína virtual, Lara Croft, al otro lado de la pantalla.

Y es que el desenfado con el que la juventud asume la irrupción de las nuevas tecnologías de la comunicación en el universo de la cultura, nos asusta al punto de transferir nuestros temores, con toda la carga de incertidumbre que planea en torno a la construcción de la propia identidad, a quienes apenas han comenzado a esbozar la suya. Cabe suponer, consecuentemente, que la mayor penetración de estos instrumentos en los códigos que manejan los grupos de menor edad ha comenzado a dejar su impronta en muchas subculturas juveniles; sobre todo en aquéllas en las que la televisión hace tiempo que ha provocado estragos gracias a la sugerente simulación de la realidad que propicia y al menor esfuerzo psicológico que requiere. De esta forma, el declive de la lectura y de los lectores de libros que no sean de texto entre la gente más joven no es un fenómeno novedoso. “Está documentado con estudios de audiencias que se remontan a la época en la que la televisión se impuso como medio de comunicación dominante, allá cuando concluía la década de los 60. Ese proceso de abandono de la lectura de libros se ha acelerado mucho entre la juventud. Es probable que la penetración de los ordenadores en los hogares explique esa pérdida repentina y masiva de lectores y lectoras de libros”. (1)

(1) Martínez Serrano, M. y Velarde Hermida, O. (2001).

Las nuevas técnicas de reproducción de los textos escritos están modificando el universo de la lectura y de la mente tipográfica, asentada en la lucidez del pensamiento conceptual y deductivo que avanza de manera secuencial. Estamos ya en disposición de adentrarnos en las claves de una literatura de evasión consumida por quienes cada día leen menos periódicos, menos revistas y menos libros, pero dedican más tiempo a la lectura. ¿Qué historias cuentan los libros impresos que, en plena revisión de lo que hasta la fecha se entendía por lectura, se disputan con los nuevos soportes la atención del público juvenil?. **¿Cuál es el secreto de la literatura dirigida a un grupo cuyas prácticas lectoras hacen peligrar la misma supervivencia del libro?**

Espadachín y rufián: Alatríste. Un bravote del siglo XVII

Hace más de sesenta años que *Carabel*, un personaje gris alumbrado por Wenceslao Fernández Flórez, se convirtió en la representación de un prototipo social muy característico de la época: el oficinista explotado y resignado a la vulgaridad de su pobre existencia. ¿Fatalismo, cobardía, pasividad,...?. Lo cierto es que *Carabel* había nacido para ser un pobre diablillo por más que aspirase a convertirse en un malvado. Quizás por ello su mentor fue capaz de negarle la que entendía era la primera condición de la vida: devorar cuanto vive. Quien se sustrajera a esta tendencia en nombre del sentimiento que llamamos ternura acabaría por sucumbir.

No es el caso de *Alatríste*, verdadero contrapunto, un tenaz superviviente; todo un “hijo de puta en un país de hijos de puta”, (2) tal y como caracteriza Pérez-Reverte a su jaque. Mucho han debido de cambiar las cosas en estos años para que un duelista de su jaez se haya convertido entre la juventud en el personaje más popular de la literatura contemporánea española. Lo de capitán era más un alias que un grado, bien que el muy fanfarrón se viste siempre con trazas de millite, a lo soldado, como era costumbre de aquel tiempo entre los jayanes del hampa. Se las da, pues, de veterano de los tercios de Flandes y, en honor a la verdad, parece que algo hay de cierto. Según dicen, sirvió en las tropas del rey, al punto de verse envuelto en una escaramuza que a poco le cuesta la vida. Era por entonces cuando los holandeses clamaban por su independencia. Junto con otros veintinueve soldados y el que de veras era el capitán, tuvo Alatríste que cruzar en mangas de camisa, a fin de mimetizarse con la nieve, las aguas gélidas de un río con el acero entre los dientes, presto a hincarlo a traición entre los higadillos de cuantos luteranos sorprendiera en mitad de la emboscada. Lo peor había de suceder con el clarear del día, cuando las tropas españolas que debían de arropar la avanzadilla de Alatríste no llegaron, dejando aquella bizarría abandonada a la más fosca de las suertes. Después se comentó que la traición fue resultado de los celos y las rencillas internas entre unos y otros. Así las cosas, a la primera de cambio cayó el capitán, víctima de la saña de la réplica holandesa. Y, como Alatríste tuvo que relevarlo, se quedó con el apodo: “Capitán por un día, de una tropa sentenciada a muerte que se fue al carajo vendiendo cara su piel, uno tras otro, con el río a la espalda y blasfemando en buen castellano. Cosas de la guerra y la vorágine. Cosas de España” (3)

Desde entonces, malvive alquilando su espada y combina estos gajes de matachín a sueldo con la igualmente noble ocupación del ribaldo, es decir, lo que en el argot golfaray de los carcelarios y otros marginales es el rufo, el chulo. Ni siquiera duda en levantar la mano a su rabiza, *la Marizápalos*, que es yegua que tan pronto cabecea como se arrocinca cuando ve a su matasiete dispuesto a curtirla el lomo. Para asentar su mando, el fresco amenaza como sólo la chusma es capaz: “Déjate de tretas y alicantinas, dice, y no le hagas

(2) Véase EL PAÍS (26 de octubre 2003). Diálogo entre Pérez-Reverte y Díaz Yanes. Nos vemos en el cine.

(3) Pérez-Reverte, Arturo y Carlota (2004).

cagar el bazo a este león. Que ya me conoces: hay cosas que no sufro ni en Argel, y cuando se me alborota el bodegón igual atrueno a dos que a doscientos, y soy capaz, pardiez a caballo, de borrajarte el mundo cruzándote con un tajo (persignándote con un signunm crucis) esa bonita cara". (4) Zurra la badana de boquilla, pero no da porque en el fondo tiene apego a su gananciosa. Así que después de arramplarle el jornal, le palmoatea el trasero y despeja la dehesa para que pronto llegue un cliente a trotarle el anca. Está claro que nuestro rajabroqueles no es el tipo de hombre al que se referían los clásicos, aquéllos cuyo honor descuadernaba la veleidad de una mujer.

No puede afirmarse, pese a todo, que Alatraste desatienda todo principio. De hecho, tiene su propio código de honor. No cree en rey alguno ni bandera. Si lucha, lo hace por dignidad. Es un aventurero. Cuando todo se va al traste, lo único que queda es la acción. Algo que no le convierte en un galante espadachín, como *El Zorro*, sino en un tipo oscuro que ha perdido la fe pero al que restan las agallas. No podía ser de otra forma, porque este valentón que, a cada paso contonea el cuerpo para hacer notar todo el hierro que carga encima, es probablemente el hijo más querido de un escritor y periodista que ha trabajado durante años como reportero de guerra. Chipre, Líbano, Eritrea, Sudán, Chad, Angola, Mozambique..., así hasta el conflicto de Bosnia. Tantas matanzas, tanto dolor, que Pérez-Reverte ha acabado tan escéptico como el mismo *Alatraste*.

El personaje es presentado al lector por su paje y escudero, *lñigo Balboa*. En el primer episodio del folletín, *El capitán Alatraste* es visto por el muchacho como un héroe homérico; pero a medida que madura, su admiración se atempera y comenzamos a percibir con él cómo ese semidiós se humaniza. No sólo cambia la mirada; también lo hace el temple del protagonista, que adquiere con los años mayor acritud y profundidad porque está, como confiesa el autor después de escribir la última entrega, "encabronado". Y es que "Ser lúcido y español es muy jodido, crías muy mala leche. En el siglo XVII y en el XXI. Y *Alatraste* es muy español en ese sentido". (5)

Cuando vemos los agujeros de su capa, apreciamos muchos de nuestros defectos y flaquezas. Su orgullo, que no soberbia, invita a la reflexión. Por mucho que alardee el "prócer", ha nacido en Lavapiés; pero gusta, "como todos los compañeros de la carda (y como todos los españoles en general), de apellidarse hijodalgo, muy Mendoza y Guzmán y cristiano viejo por línea directa de los godos. Que en nuestro siglo XVII (y la cosa estuvo lejos de terminar ahí) hasta los sastres y zapateros se colgaban espada y eran don Fulano y don Mengano". (6) *Alatraste*, como se ve, no es un personaje añejo. Conecta con las personas más jóvenes porque el malandrín refleja demasiado lo peor de nosotros mismos. Y qué duda cabe que los menos remisos a la autocrítica son aquéllos cuyos caracteres todavía no están conformados. La mordacidad acompaña en todo momento a este autor de novelas de aventuras. Una amargura consecuente con la admiración que profesa por Quevedo y que le ha llevado a convertir al fabuloso literato en compañero de trapisondas de *Alatraste*.

(4)
Véase el discurso de ingreso en la RAE de Pérez-Reverte (12 de junio 2003) en www.capitanalatraste.com.

(5)
EL PAÍS, Entrevista con Pérez-Reverte. "El Dios reaccionario nos jodió vivos" (15 de noviembre 2003).

(6)
Discurso de ingreso en la RAE.

De alguna forma, el capitán se ha convertido en el viejo amigo al que retorna el escritor para contar lo que somos a partir de lo que fuimos antaño; una descripción vívida de la España actual a través de la España del Siglo de Oro, de la que tan experto conocedor es. Cinco entregas de un folletín en el que Pérez-Reverte analiza los aspectos más fascinantes de la gloria y decadencia de nuestro pasado imperial: en el primer libro, *El capitán Alatraste*, la política interior y la diplomacia (1996); en el segundo, *Limpieza de sangre*, la Inquisición y la Iglesia (1997); en el tercero, *El sol de Breda*, la guerra de

Flandes (1998); en el cuarto, *El oro del rey*, la fortuna que llegaba de América (2000) y en el último, *El caballero del jubón amarillo*, la cultura y el teatro en el mundo de los corrales de comedia del Madrid del siglo XVII (2003).

En esta colección de aventuras hay una visión descarnada y muy real de una España pompática y esplendorosa que fenece por la incapacidad de sus gobernantes. A la estulticia de un monarca que ha pasado a la posteridad con el remoquete de pasmado, lúbrico y escopetero lo mismo en lo que se refiere a la caza como a su capacidad para engendrar bastardos –nada menos que treinta y siete–, se sumó el fanatismo de los curas y la codicia de los políticos. Y, sin embargo, uno de los grandes méritos de la saga es el de reinventar la novela histórica para sacar de nuestra memoria la espina de la mala conciencia. El esfuerzo, tan arduo como encomiable, no ha podido ser mejor valorado por la gente joven que, empachada de tanta mortificación, empieza a afrontar el futuro con menos complejos y de forma más desembarazada.

Todo ello ha favorecido también que la colección esté presente en muchos colegios como material didáctico. Libros de texto tan útiles en literatura como en ética, historia o arte. Tanto es así, que más de diez mil escolares han pasado por unos cursos promovidos junto a la editorial Alfaguara acerca de las aventuras de Alatraste, lo que refrenda la popularidad alcanzada por el antihéroe. Las ventas de las cuatro primeras entregas, si se incluyen las ediciones escolares y de bolsillo, ya superan los tres millones de ejemplares. Una cifra que muy previsiblemente se va a disparar cuando Agustín Díaz-Yanes estrene la adaptación cinematográfica que ha realizado de los cinco libros, a partir del guión que ha escrito con la supervisión de Pérez-Reverte. Como en un western, la película saltará el retrato más amargo e íntimo del hombre duro con las trepidantes dosis de acción que colorearán sus aventuras, acompañadas de duelos a la luz de la luna, batallas, contiendas y tumultuarios movimientos de masas con la abrumadora participación de nada menos que diez mil extras. No en vano, el presupuesto de la que se aventura como gran superproducción ascenderá a 21 millones de euros. El actor neoyorquino Viggo Mortensen, muy conocido entre el público más joven por la interpretación de Aragorn en *El Señor de los Anillos*, encarnará al áspero capitán compartiendo reparto con Antonio Resines, Ariadna Gil, Javier Cámara, Unax Ugalde y otros muchos.

Con toda certeza, la película dará el espaldarazo definitivo del gran público al más brutal justiciero del imperio español, completando toda una panoplia de recursos que hasta el momento han tenido su mejor acogida entre la gente más joven. Es el caso del cómic ilustrado por Joan Mundet o del tebeo infantil dibujado por David Jiménez que durante diecisiete domingos fue publicado por *El País*, y que seguidamente editó Alfaguara en un volumen único. Sin olvidar la composición de un primoroso sello del que se emitió una tirada inicial de más de medio millón de ejemplares que clausuró, en noviembre de 2002 en la ciudad de Salamanca, la Primera Exposición Mundial de Filatelia Juvenil. Tampoco podemos omitir la miniatura de Alatraste realizada en metal ni los juegos de rol o el de tablero. Decididamente, este personaje no puede caracterizarse como un hombre honesto ni piadoso; pero sí valiente, pendenciero, engallado, bronco y, además, muy acreditado entre la juventud.

Frodo: pequeño gran hobbit

Según contó el propio Tolkien, ocupado un buen día en la tediosa corrección de varios exámenes se perdió, distraído y sin advertirlo, en la contemplación de un agujero en la alfombra de su estudio. Y de forma natural, como la

semilla que germina, aquel descubrimiento fue plasmado sobre una cuartilla en blanco de un rimero de papel: “En un hoyo en el suelo vivía un *hobbit*”. Acababa de cimentar una estructura a la que dedicó sesenta años de su vida y miles de páginas en las que desarrolló más de siete mil años de historia de un país de las maravillas al que bautizó con el nombre *Tierra Media*. Con sus guerras, héroes, leyendas, fábulas, sociedades, lenguas, imperios y reinos que se erigen y desploman, este mundo paralelo ha conseguido atraer con toda su fuerza centrípeta a la gente más joven, que ha sido elevada por la imaginación mítica de Tolkien desde los tradicionales cuentos de hadas hasta las cimas más altas de la fantasía épica. Y lo más sorprendente es que este género que inaugura no es mayoritariamente seguido en nuestro país, salvo en lo que a *El Señor de los Anillos* se refiere, que además de abrir la senda ha colocado muy alto el listón a todos sus epígonos.

En la mitología germánica primitiva encontró Tolkien la mejor inspiración para su epopeya. A la postre, éste es el venero del que beben todas las formas de literatura fantástica contemporánea. Desde los licántropos, hasta los dragones, los gigantes y, por supuesto, los gnomos, todo se encontraba ahí. De la mitología nórdica extrae los nombres de los enanos compañeros de *Bilbo*, el protagonista de *El Hobbit*, su primera obra relevante y el origen de la saga que le ha convertido en un fenómeno social.

Aunque era de origen sudafricano, Tolkien se había formado en Gran Bretaña desde su niñez, al extremo de considerarse un inglés genuino. Fue la admiración por su país lo que le animó a dejar a sus compatriotas el legado de algo que para él, como hombre profundamente religioso, resultaba fundamental: una mitología similar a la de los pueblos del Norte de Europa, con un Dios Único y Creador –Eru Ilúvatar– y unas entidades celestiales de naturaleza angélica, los Valar. Buen conocedor de la lingüística y de la literatura medieval, su cosmología creadora está sembrada de piruetas y juegos fonéticos, de manera que no sólo trabajó innumerables y fantásticas leyendas sino que también ideó las lenguas en las que habrían de expresarse sus protagonistas. Para proporcionar mayor verosimilitud a su empeño, solía utilizar arcaísmos con el fin de favorecer la inmersión en el alma mitológica. Y el resultado no pudo ser más favorable; a día de hoy son mayoría los que desconocen que los *elves*, *dwarves*, *orcs*, *ents* o *hobbits* son producto de la imaginación de Tolkien y no de la tradición cultural inglesa. (7) En el caso de los *hobbits*, optó por la palabra menos filológica y más espontánea. Se asemeja a *rabbit* (conejo), que no es una voz anglosajona sino originaria del Norte de Europa. La metáfora es explícita; los *hobbits* son criaturas sencillas, párvulas y bucólicas que habitan en la Comarca, ensueño que Tolkien identificaba con las campiñas de Inglaterra y sus paisanos en un tiempo anterior a la Segunda Guerra Mundial. Él mismo se veía como un *hobbit* de mayor estatura, un hombre campechano y natural cuyo mayor placer era fumar en pipa arrellanado en su sillón.

Para ser un *hobbit*, Frodo, es muy audaz y erudito. De facciones alargadas y constitución fina, su apariencia resulta frágil; si bien su agilidad es tan deslumbrante como su capacidad de resolución. Su espíritu aventurero, su enorme generosidad y valor hacen de él un buen prototipo del caballero medieval. Hijo de *Drogo Bolsón* y de *Prímula Brandigamo*, el pequeño *Frodo* quedó huérfano a muy corta edad por lo que pasó a la tutela del noble y estrafalario *Bilbo*, que le llevó a vivir consigo a *Bolsón Cerrado*.

En el año 3001 de la *Tercera Edad*, cuando *Bilbo* celebra su centesimodocimoprimer cumpleaños y deja la *Comarca* para irse a vivir con los elfos, *Frodo*, el héroe adolescente de patas peludas, hereda las

(7) Romero Tabares, I (2004).

posesiones de su tutor, lo que incluye el *Anillo Único* en el que *Saurón*, el *señor de los anillos*, vertió todo su poder. Este anillo, cuya pérdida acarreó al Señor Oscuro su derrota en una batalla crucial, obliga a Frodo a viajar hasta *Mordor*, territorio del *Señor Oscuro* para arrojarlo en un volcán de las *Montañas del Destino* donde fue forjado e impedir así que lo pueda recuperar. En su odisea *Frodo* será acompañado por una comitiva, la *comunidad del anillo*, integrada por otros tres *hobbits*, un enano, un elfo y el mago Gandalf.

La fantasía simbólica de Tolkien representa en el anillo la materialización del pecado, un objeto colmado de poder y de fuerza que transmite energía a quien lo posee, aunque siempre en la medida del poseedor. Dará mucha fuerza al fuerte y poca al débil, por eso lo ambicionan todos. Sólo el deseo de poseerlo corrompe el corazón, porque empuja a aspirar a lo que no corresponde a la naturaleza de la criatura que lo detenta. Lleva la mancha del pecado. Únicamente se puede alcanzar la liberación cuando se haya destruido.

La publicación de la saga entre 1954-55, con el transcurso de los recelos provocados por la guerra fría y la política de bloques, favoreció la inmediata identificación del Anillo con la bomba atómica, la *Guerra de los Anillos* con la Segunda Guerra Mundial y el miedo de *Frodo* a encontrar el *Anillo* y sucumbir al hechizo de su poder con el temor del ser humano al peligro nuclear. Sin embargo, el potencial de la imaginación mítica de Tolkien ha desbordado la contingencia de tan angosto encuadre hasta construir una proclama tecnofóbica en la más pura tradición ludita. Y no es que el viejo Tolkien se encastillara en fundamentalismos naturalistas tan absurdos como trasnochados, por más que se resistiera a conducir o escuchar la radio y que jamás tuviera un televisor. No fue el suyo un rechazo visceral hacia máquinas cuya amenaza, por entonces, se limitaba a favorecer desplazamientos y habilidades físicas puntuales. Apenas se hablaba del desarrollo de un sistema neuronal electrónico que acabaría reemplazando átomos por bits y mucho menos, claro está, las promesas de los ordenadores de quinta generación que nos ha traído el nuevo siglo.

Nada de eso. La técnica es para Tolkien, como el *Anillo*, la materialización de la soberbia del poder. Nada puede hacer sin nuestra mediación porque no hay tecnología sin la mente humana. ¿No es acaso ella misma la mejor plasmación de la creatividad y la inteligencia de nuestra especie?. Forma parte de nosotros porque es tan añeja como nuestra historia. No es algo externo de lo que podamos prescindir cuando plazca como una simple y torpe herramienta. Su profunda penetración en nuestras vidas nos ha cautivado y, de resultas, su neutralidad es tan pareja como puede serlo nuestra iniciativa. Proferir la imparcialidad de la técnica equivale a supeditar cualquier acción, del tipo que sea, al valimiento de las circunstancias. ¿Cuándo han dejado el Bien y el Mal de anidar en los corazones?

Incluso nuestro pequeño gran héroe se ve tentado a no desprenderse del Anillo; tan grande es su fascinación... Todos los seres oscuros se precipitan sobre el portador de tamaño tesoro, todos intentan corromperlo. La humillación de su vulnerabilidad no se convierte, contra todo pronóstico, en una tacha. La debilidad del *hobbit* propicia la identificación con el lector; no sólo porque lo humaniza, sino porque su gesta se torna más valerosa y esforzada. De ahí que Tolkien presente a su criatura como alguien insignificante e inocente que, en el transcurso de su misión, la aventura más importante de su vida, desarrolla un viaje iniciático por las abisales aguas del psiquismo. Un periplo a lo largo del cual los monstruos de fuera reflejan vendavales y ciénagas del alma, y en el que será definitivamente puesto a

prueba hasta el límite de su resistencia física y moral. Estas horribles experiencias le harán padecer pero, a la postre, también quedará místicamente trascendido por el carácter sacrificial de su proyecto. Lo que está en juego es la restitución del orden, el restablecimiento del Bien frente al reino de las sombras y no la victoria o la vanidad del protagonista. Más aún, la restitución del equilibrio va a depender, precisamente, de la capacidad de su entrega. La clave de la misión reside, pues, en la generosidad de la ofrenda del héroe. El rostro arcangélico de Frodo aparece luminiscente tras la mortificación que habrá de llevarle hasta las entrañas mismas del Infierno: los dominios ignívoros de *Saurón*. Es allí donde tendrá que librar la más aterradora de las batallas, excandecido por la amenaza creciente de el *Señor de lo Oscuro*, cegado por los relámpagos centelleantes de la *Tierra de Mordor* y aturdido por su lenguaje horriblo.

A pesar de la profusión de imponentes batallas, aproximadamente 17, no puede afirmarse que *El Señor de los Anillos* sea una obra violenta. En primer término, el enfrentamiento entre el Bien y el Mal que describe toda gesta épica convierte la más fragorosa lucha en un recurso estilístico al servicio de la narrativa, una variación de hipotiposis que subraya la limitación de las formas en que los humanos podemos plantear el conflicto. Y, por otro lado, la proyección espiritual del protagonista alcanza su punto culminante cuando, en lugar de afrontar el Mal con sus propias armas, lucha contra él ofreciéndose a sí mismo en nombre de los otros. En ningún momento persigue el exterminio del adversario, sino desarmarlo, rendir su poder.

La violencia sufrida revierte sobre *Frodo* la metamorfosis del joven que llega a la madurez a través del modo verdaderamente más humano de estar en el mundo, que no es otro que la entrega a los demás. De nuevo el maestro Tolkien conmueve a sus jóvenes y arrebatados lectores a través de sus cuentos. No necesita explicitar con pedantería sus valores, le basta con engazarlos en la acción y en sus elementos simbólico-narrativos.

La sindéresis de este gran creador de leyendas inflama el corazón de azúcar de quienes tienen que combatir con jinetes más espectrales que los que *Saurón* dispersó por toda la *Tierra Media* para recuperar el anillo de su poder; de esos que diariamente enfrentan las penalidades y decepciones de lo que llamamos madurar; de aquellos que, en definitiva, buscan en los libros, como el propio Tolkien pensaba, la liberación del lugar donde uno está prisionero.

Por eso, durante años, se ha considerado su aportación como literatura para los que no le gusta leer. Avezados o no en la lectura, lo cierto es que los jóvenes que se acercan a *El Señor de los Anillos*, no importa que fuera a raíz de la espectacularidad de las superproducciones que el director neozelandés Peter Jackson ha llevado al cine, han conseguido satisfacer su inconsciente generacional como antaño lo hicieron las tragedias de la cultura helénica y los libros de caballería.

Desde la sofisticación literaria de la cosmogonía tolkenea hasta los videojuegos, los juegos de rol, historietas ilustradas, disfraces, naipes y demás mercadería que el ocio de masas dirige al gran público, el pequeño *hobbit* sigue tocando la fibra más sensible de muchos jóvenes de todo el mundo. Sus incondicionales aprecian la defensa de valores como la lealtad, el sacrificio, la entrega, la amistad, el amor, la esperanza, la lucha contra la corrupción y el respeto hacia la naturaleza; elementos, todos ellos, axiales y de creciente importancia en el mundo contemporáneo por la desafección progresiva que, en la práctica, nos ahoga. Pero quizás todo sea más simple. Probablemente el secreto de *Frodo Bolsón* no sea otro que sus pequeñas

patas peludas de *hobbit*, su angelical y níveo semblante, la limpieza de su mirada y su figura menuda de adolescente.

La cebolla asesina. Hortaliza psico-killer

El primer cómic antiglobalización de la historia está protagonizado por una cebolla justiciera y exterminadora que enarbola su cuchillo contra los promotores más salvajes del turbocapitalismo vegetal a escala planetaria.

Mientras el mundo se asfixia en las mazmorras del mercado, la violencia que ha acompañado la liquidación de la confrontación entre bloques no deja de aumentar. Sólo unos pocos vegetales concentran en sus manos el poder económico, tecnológico, político, militar y cultural, a la vez que el resto se escabecha en las contiendas que su venta de armas favorece o, simplemente, se mueren de hambre. Los resultados de las reformas en los países del veget-este no han sido los esperados. Las dramáticas reducciones en las inversiones y en la producción han provocado importantes recortes. La escasez de recursos ha llegado incluso a las centrales nucleares. Un fallo en el funcionamiento de una de ellas provoca una mutación en un bulbo, pero el origen de la cebolla asesina es silenciado por los medios de comunicación vegetalinios.

De esta forma se inician las aventuras y desventuras de la hortaliza más perseguida de la historia, la única con capas suficientes como para enfrentarse a la corrección política de la gran masa vegetal. Y no importa las requisitorias, recompensas o complós que sus enemigos pongan en marcha, porque la obduración del bulbo criminal siempre tendrá a punto un sabotaje o alguna sangrienta ensalada de pepinos, tomates o aguacates. Es lo menos que cabe esperar de una cebolla radiactiva y psicópata, tal y como la tildan sus enemigos. Sin remordimientos, igual que ella, los humanos troceamos a sus congéneres y además nos los comemos. Por eso, Javierroyo, el creador de la hortaliza sediciosa que se esconde tras un espeso antifaz, está convencido de que todos somos como humildes y pequeñas cebollas.

El mundo de este joven dibujante zaragozano afincado en Bilbao también incluye pimientos, ajos, sandías, berenjenas y demás sujetos. Personajes todos ellos tan disparatados y estrambóticos como *Aguacate Joe*, *Aníbal Uvaverde*, *Superalbérchigo*, *Jason Potatoe*, *Mike Pera* o *Sandía Cachondita*.

La estética del dibujo infantil, casi naïf, que va desde la escuela *Bruguera* hasta los *Simpson*, se combina con unos contenidos serios para reforzar una crítica social con apariencia de chirigota. Con gran derramamiento de jugos, el gore vegetal que desata la protagonista a machetazo limpio tiene una cálida acogida no sólo entre los jóvenes más inconformistas del sistema vegetal, sino también entre los treintañeros que crecieron con *Mortadelo y Filemón*, *Zipi y Zape*, *Doña Urraca*... Tan entrañable ha resultado la cebolla subversiva, que gran parte de su público no son consumidores habituales del género, contando a las chicas, entre las cuales tiene numerosas admiradoras. No en vano, la historieta de Javierroyo se convirtió en todo un éxito de ventas desde la publicación, allá por 1998, de su primer cómic book, titulado *Me importa un pepino*; algo nada fácil en los círculos del cómic independiente.

El nacimiento de la cebolla es, no obstante, un poco anterior, unos cuatro años. Finalizada su carrera de Bellas Artes, Javierroyo realizaba unas prácticas laborales en Francia cuando el controvertido Borja Crespo le solicitó una historia impetuosa para abrir las dos primeras páginas del Fanzine BURP! que por entonces editaba.

A día de hoy, la cebolla revolucionaria ha extendido sus ramificaciones por el ciberespacio gracias a subterfuge cómix: camisetas, tazas y alfombrillas para el ratón del ordenador, además del álbum cebollesco, completan el pack. Pero el producto estrella es, sin lugar a dudas, el juego Online interactivo en el que la cebolla se encarga de apiolar a todo aquél que se atreva a excluirla. Empieza por las sandías comerciales-aceleradas y termina por las uvas-banquero; pero, en cualquier caso, el mensaje de Javirroyo continúa siendo el mismo: que los más jóvenes se impliquen y tomen conciencia del mundo en que viven. A juzgar por su éxito, parece que ya muchos lo tienen en cuenta.

En conclusión

El declive de la lectura entre la gente más joven es un proceso que se inició en la década de los 60, cuando la televisión se impuso como medio de comunicación dominante. Con la intromisión del ordenador en el hogar, la explosión de las nuevas tecnologías de la comunicación no ha contribuido sino a reforzar la tendencia en los últimos años, por más que el tiempo que la juventud dedica a la lectura haya aumentado considerablemente. La profusión de nuevos soportes y la creciente dispersión de las prácticas lectoras sugieren la necesidad de redefinir la lectura desde su doble dimensión cualitativa y cuantitativa, lo que aportaría una concepción diferente de lo leíble así como una nueva medición de lo leído (8).

Por el momento, enfrentamos los críticos desajustes de un período de cambio en el que acaso, remotamente, despunta la configuración del mapa emocional de la nueva mentalidad electrónica. Lo que permanece en el imaginario juvenil son las viejas adherencias de una cultura ilustrada y convencional, que es transmitida formalmente por el sistema educativo e informalmente por todas las metáforas de la fantasía folklórica. Ésta es la cantera que ha convertido en verdaderos iconos a personajes de ficción que tienen tanto de intemporales como de simples: un valentón, un enano y una cebolla.

BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Serrano, M. y Velarde Hermida, O.** (2001). "Informe Juventud en España 2000", Instituto Juventud, Madrid 2001.
- Pérez-Reverte, Arturo y Carlota** (2004). "El capitán Alatriste", Alfaguara, Madrid.
- Pérez-Reverte, A.** (1997 a). "Limpieza de sangre", Alfaguara, Madrid.
- Pérez-Reverte, A.** (1998 b). "El sol de Breda", Alfaguara, Madrid.
- Pérez-Reverte, A.** (2000 c). "El oro del rey", Alfaguara, Madrid.
- Pérez-Reverte, A.** (2003 d). "El caballero del jubón amarillo", Alfaguara, Madrid.
- Romero Tabares, I.** (2004). "En el corazón del mito. La dimensión espiritual de El Señor de los Anillos", PPC, Clásica, Madrid.
- Tolkien, J.R.R.** (2004 a). "El hobbit", Minotauro, Barcelona.
- Tolkien, J.R.R.** (2004 b). "La Comunidad del Anillo", Minotauro, Barcelona.
- Tolkien, J.R.R.** (2004 c). "Las dos torres", Minotauro, Barcelona.
- Tolkien, J.R.R.** (2003 d). "El retorno del rey", Minotauro, Barcelona.

8 Martínez Serrano, M y Velarde Hermida, O. (2001).

